

nian esperanzas de adquirir una gran gloria personal, pero que no por eso dejaron de dar repetidas pruebas de su bravura. En su humilde esfera, esos hombres sirvieron al pais con tanta fidelidad y patriotismo como los generales mas afamados; acaso no se leguen sus nombres á la posteridad, mas su valor y abnegacion sirvieron de ejemplo en muchas ocasiones.

Tenemos aun otra categoría de militares que se distinguieron desde el principio de la guerra, y que no por no haber muerto en el campo de batalla son menos dignos de nuestra consideracion. Hubo un Sumner, veterano intrépido y caballeresco, que contaba mas de cincuenta años de servicios, y á quien se vió repetidas veces en lo mas rudo del combate, dando sus órdenes con una serenidad que admiraba á todos. Muchas veces me habia dicho que deseaba morir con las armas en la mano, pero Dios no lo quiso así, pues fué víctima de una enfermedad que le llevó á la tumba. El valeroso Smith, ese elegante militar, á quien muchos de nosotros hemos visto en este mismo sitio, fué respetado por las balas enemigas, pero no por la enfermedad que arrebató tantos soldados á nuestro ejército.

Juan Budford, tan intrépido como sus compañeros; Mitchell, tan eminente en la ciencia; Plummer, Palmer y otros muchos, murieron tambien á causa de las dolencias contraídas en el servicio. No cerraré esta interminable lista de los mártires de mi pais sin pagar una deuda de afecto nacional, pues uno de los que han dejado de existir era digno de mi mas profunda amistad y de mi reconocimiento; era á la vez un ardiente patriota, un carácter elevado y un pundonoroso militar; era, en fin, el bello ideal del oficial de estado mayor. Me refiero á mi ayudante de campo, el coronel Colburn.

¿Podrán servir de provechosa leccion á nuestro pais todas esas muertes y esos gloriosos servicios? En nuestros dias la guerra es un arte, y es cosa que á nadie puede ocultarse, que para organizar y dirigir los ejércitos, para las combinaciones de la estrategia y para su ejecucion, es preciso poseer ciertas nociones teóricas de aquel. Contar con el éxito cuando el plan de una campaña se confia á hombres que carecen de conocimientos en el arte militar, es una cosa tan quimérica como esperar que un hábil cirujano instruya perfectamente una causa difícil.

Y ahora veamos por qué han dado su vida tantos hombres, y por qué exige aun la nacion que viertan sus hijos tanta sangre preciosa.

Despues de la guerra de la Independencia se reconoció que la Confederacion, engrandecida durante la lucha, iba á hundirse por su propio peso, pero el Gobierno central era demasiado débil; no podia hacer otra cosa sino recomendar á los diversos Estados las medidas que le parecieron mas convenientes, y no poseia suficiente autoridad en la legislatura, porque le faltaba la fuerza ejecutiva que sanciona las leyes. La influencia nacional y el respeto propio iban disminuyendo gradualmente; veíase con inquietud acercarse el momento en que nuestras instituciones demostrarían una vez mas al mundo que era imposible un Gobierno fundado sobre la libertad humana y la libertad individual; la nacion marchaba á pasos agigantados hácia el borde de un abismo, y la ruina era inminente, cuando algunos de nuestros mas sábios y nobles patriotas se reunieron, hace ya ochenta años, para buscar un remedio á los males que amenazaban destruir la grande obra de la Revolucion. Sus sesiones fueron largas y á veces tempestuosas; por un momento se pudo dudar del re-

sultado, mas al fin, en medio del conflicto que ocasionaban los opuestos intereses, á pesar de las preocupaciones de partido y del amor propio de unos y otros, ejercieron su benéfica influencia los sentimientos conciliatorios, y se formó la Constitucion por la cual nos hemos regido tanto tiempo. No se hizo en un dia, sino que fué el resultado de concienzudos trabajos, de sábias concesiones y, sobre todo, del mas puro patriotismo. Los pueblos de todos los Estados la adoptaron finalmente, aunque algunos de ellos con repugnancia, porque no era del todo lo que deseaban, si bien les pareció lo mejor en las circunstancias por que atravesaba entonces el pais. Se aceptó porque ella nos daba una forma de Gobierno, con la cual podia vivir la nacion feliz y tranquila, mientras que el pueblo respetara las leyes para evitar las calamidades que hasta entonces habian afligido á nuestra patria.

Bajo la Constitucion hemos hecho progresos que no tienen ejemplo en la historia; quedaron asegurados los derechos y libertades de los ciudadanos; vastos territorios, habitados solo entonces por los salvajes y las fieras, pasaron al dominio de la civilizacion; las artes, las ciencias y el comercio se desarrollaron en gran escala; nuestro pabellon recorrió todos los mares, y poco despues ocupábamos un lugar preferente entre las grandes naciones de la tierra. Pero bajo esa risueña superficie de prosperidad, sobre la cual bogábamos á velas desplegadas como una nave impelida por la brisa del mar, ocultábanse peligrosos arrecifes, que ahora impiden nuestra marcha ó inspiran temor á los pilotos mas experimentados. Confiada en su fuerza y en su buena fortuna, la nave avanzaba siempre sin que su tripulacion escuchara los consejos de la prudencia; olvidáronse los peligros que amenazaban antes

de empezarse el viaje, y bien pronto pareció inevitable estrellarse contra las rocas. Los mismos elementos de disidencia, las mezquinas preocupaciones, los intereses particulares, las instituciones heterogéneas que hicieron tan difícil elaborar la Constitucion, amenazaron una vez mas destruirla, mas por fortuna, la nacion contaba en su seno con algunos eminentes políticos, que merced á su sabiduría y profundos conocimientos, consiguieron salvar á la República, y así se pudieron evitar durante algunos años mas los males que hoy nos afligen. El tiempo y una prolongada prosperidad hicieron olvidar las pasadas calamidades, y ya no se habló sino de conciliacion, pues la solidaridad de intereses y las mútuas concesiones habian sido la base y debian ser el apoyo de nuestro Gobierno. Desgraciadamente aparecieron á poco ciertos hombres que por sus miras ambiciosas ó por las preocupaciones de partido no tuvieron consideracion alguna con el bien público y el bien general; aquellos de ideas mas avanzadas encontraron pronto un pretexto para prescindir de las negociaciones pacíficas y de los principios constitucionales, y entonces se apeló á la guerra y se pidió la separacion de los Estados, alegando que era preciso evitar males futuros.

Prescindiendo de los sofismas y de las intrigas, la causa directa de la guerra, tal como se presentaba á los ciudadanos honrados y patrióticos del Norte, es sencillamente esta: ciertos Estados, ó mas bien, una parte de los habitantes de aquellos, han creído, ó aparentado creer, que sus derechos y propiedades iban á peligrar cuando subiera al poder cierto partido, y esto á pesar de que la Constitucion y el Gobierno ofrecían una proteccion segura contra los males temidos. Cuantos esfuerzos se hicieron para evitar un

choque fueron inútiles; se prefirió buscar la seguridad destruyendo ese Gobierno, que solo deseaba proteger á los ciudadanos, y se apeló á la fuerza armada contra las tropas que ocupaban una fortaleza nacional. Lavar ese insulto hecho á nuestra bandera; evitar la triste suerte de las repúblicas divididas de la Italia y de la América del Sur; preservar á nuestro Gobierno de la destruccion, y encerrarnos dentro de los límites del poder legal, han sido los motivos que nos obligaron á empuñar las armas.

La rebelion contra un Gobierno como el nuestro, que solo desea arreglar las cuestiones por medios pacíficos, no debe confundirse con una revolucion contra un poder despótico que rehusa dar toda clase de satisfacciones; semejante rebelion no se funda en ningun motivo justificado, y nos pone en la alternativa de destruirla ó consentir en la ruina de esta nacion. En tiempos como los que alcanzamos y con semejantes disensiones, el espíritu de partido debe convertirse en un sincero y virtuoso patriotismo, sin tener en cuenta mas que el bien del pais.

Ya sabeis, amigos míos, por qué han hecho el sacrificio de su vida tantos de nuestros compañeros. ¿Habrán de ser estériles su abnegacion y patriotismo? ¿Podrán decir las generaciones futuras que nos ha faltado el vigor necesario para terminar la obra comenzada, y que despues de tan costosos sacrificios hemos vacilado en salvar la patria? ¡Librenos el cielo de semejante baldon, é infunda Dios aliento en nuestros corazones!

¡Oh, manes de nuestros héroes! ¡Almas de nuestros bravos compañeros! ¡comunicadnos vuestra indomable voluntad, y si os es permitido proteger á los que aun no han

abandonado la tierra, no nos abandoneis en medio del peligro y de las desgracias; alentad á los fuertes, sostened á los débiles, y así podrá salvarse la República y se asegurará el triunfo de nuestra bandera!

Á través de la borrasca que arrastra la nave del Estado, vemos un faro luminoso que nos infunde confianza: no puede ser que esta gran nacion haya terminado ya su brillante carrera; no es posible que nuestra estrella, radiante en otro tiempo, y que tanto nos prometia para el porvenir, deba oscurecerse ya para siempre. No dudemos que la Providencia permitirá que este pais, que fué por tanto tiempo el asilo de los oprimidos, el refugio de la libertad religiosa y civil, vuelva á ocupar un lugar preferente entre las demás naciones del mundo, despues de haber dado un saludable ejemplo á los que desean marchar por la senda del progreso. No nos es permitido sondear los decretos de la Providencia, pero los comprendemos al consultar el pasado. No nos es posible tampoco penetrar los designios del Altísimo, pero toda la historia, así como la revelacion cristiana, nos prueba que esos decretos, aunque insondables, son justos. Cumplamos, pues, con nuestra mision; tengamos una confianza ilimitada en la bondad del Señor, que condujo á nuestros padres á través de los mares, y les sostuvo en medio de los peligros, aun mas grandes que los que arrojó su propio pueblo. Si cumplimos con nuestro deber y tenemos confianza en el Sér Supremo, no nos abandonará en la adversidad.

Y ahora, amigos míos, en la confianza de que Dios salvará á nuestra patria, dedicamos este monumento al honor, al patriotismo, á la abnegacion y á la memoria de nuestros bravos.

FIN DE LA OBRA.

ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.

LIBRO SESTO.

Desde el restablecimiento de la paz en 1815 hasta el fin de la administracion de Juan Quincy Adams.

1815 á 1829.

CAPÍTULO PRIMERO.

1815—1817.

FIN DE LA PRESIDENCIA DE MADISON.

	Página.
Restablecimiento de la paz.—Efectos que produjo.—El convenio comercial y sus resultados.—La matanza de Dartmoor.—Guerra con Argel.—Tributo pagado al Bey.—Su conducta con los americanos.—La escuadra marcha al Mediterráneo á las órdenes de Bainbridge y Decatur.—Medidas que adoptó este último.—El Bey acepta el tratado.—Se reúne el Congreso.—Mensaje del Presidente.—Sus recomendaciones.—Observaciones de Mr. Dallas respecto á la hacienda.—Carta de Mr. Dallas recomendando un banco nacional.—Debate.—Condiciones del nuevo banco.—Bill referente á la manera de pagar á los miembros del Congreso.—Descontento.—Eleccion de candidatos para Presidente y Vice-presidente.—Monroe y Tompkins.—Resultado de las elecciones.—Nuevo sistema adoptado por el Secretario del Tesoro para pagar los créditos contra el Gobierno.—El banco de los Estados-Unidos comienza sus operaciones.—Sesion del Congreso.—Último mensaje anual del Presidente.—Extracto de su contenido.—Bill para pagar la deuda nacional.—Observaciones de Calhoun.—Otros procedimientos del Congreso.—Fin de la carrera oficial de Madison.—Observaciones acerca de su carácter.	5

CAPÍTULO II.

1817—1819.

LOS DOS PRIMEROS AÑOS DE LA ADMINISTRACION DE MONROE.

El quinto Presidente entra en el desempeño de sus funciones.—Manifiesto inaugural.—El gabinete de

TOMO III.

Página.

Mr. Monroe.—Principios políticos de su administracion.—Viaje del Presidente á diversos Estados.—Primera legislatura del décimo quinto Congreso.—El mensaje del Presidente.—Extracto de su contenido.—Debates en el Congreso.—Supresion de contribuciones.—Situacion del pais.—Tarifas.—Mejoras.—Discusion.—La isla Amelia y Galveston.—M'Gregor y Aury.—Mississippi entra á formar parte de la Union.—Tratados con los indios.—La guerra de Seminola.—El general Gaines.—El general Jackson marcha á la Florida.—Arbutnot y Ambrister.—Su causa y ejecucion.—Jackson marcha á Pensacola.—La autoridad española.—Escitacion que produjo la conducta de Jackson.—El Congreso se reúne en sesion.—Mensaje del Presidente.—Quejas contra el banco de los Estados-Unidos.—Se nombra un comité para que informe.—Resultado de su investigacion.—Especulaciones y fraudes.—Se nombran nuevos directores.—El general Jackson y la guerra de Seminola.—Debates.—Illinois es admitido en la Union.—Alabama y Missouri.—Informe de Calhoun respecto á los caminos y canales.—Tratado con España y cesion de la Florida á los Estados-Unidos.—Reclamaciones.	16
--	----

CAPÍTULO III.

1819—1822.

ACONTECIMIENTOS DURANTE 1819-1822.

El Presidente visita los Estados del Sur.—La cuestion de esclavos.—Se reúne el Congreso.—El mensaje del Presidente.—La cuestion del Missouri.—Debates y personas notables que tomaron parte en ellos.—Resultado de la cuestion.—Procedimientos del Congreso.—Ley de quiebras, pensiones y venta de tierras públicas, etc.—El comodoro Decatur es

99